



¿Quién habla realmente?



¿Qué pregunta la del título! Pero ¿cómo que quién habla? Habla el que habla, el que pronuncia palabras, es decir, sonidos de forma articulada y, por esto, con un sentido. ¡Es lo más evidente! Pero todos ustedes lo saben mejor que yo, a veces las apariencias engañan. La percepción que generalmente tenemos es la de ser los sujetos del hablar. Cualquier persona, al expresarse, se vuelve responsable de lo que va diciendo. Si alguien dice algo, siempre podremos afirmar que él (o ella) lo ha dicho. Podemos darle muchas vueltas, pero el que habla es el sujeto ¡no hay duda! Efectivamente, si consideramos el hablar solo como el momento en que empiezo a expresarme a través de sonidos (“fonemas”, para los que quieren ser más precisos) articulados, oraciones que presentan un sentido, pues entonces estamos reduciendo el hablar a una acción puramente activa.

El problema reside precisamente en el sentido; a veces, el silencio también tiene sentido. Entonces podríamos preguntarnos ¿se puede hablar también sin efectivamente hablar, es decir, quedándonos callados? Aparentemente no, pero solo si consideramos el hablar como una acción y lo desvinculamos del expresarse en general: podríamos decir que hablar es una forma de expresarse. Así las cosas, parece que hemos logrado alcanzar una pequeña certeza: hablar es una forma de expresión que, generalmente, tiene que presentar un sentido, es decir, vehicular un mensaje.

Un hablar sin sentido no sería otra cosa que una mera producción de sonidos, es un poco la primera sensación que tenemos cuando escuchamos alguien que habla en un idioma totalmente desconocido (claramente solo la primera sensación, porque sucesivamente el conectarse de los sonidos con posibles indicaciones gestuales ya puede abrirnos el horizonte de las conexiones de sentido en las cuales se funda el otro idioma). Pero esta pequeña conquista —haber aclarado que hablar es expresarse mediante vocablos (constituídos por fonemas) conectados con el fin de vehicular

un mensaje— solo nos indica cómo se perfila la acción de hablar, pero no nos da informaciones sobre nuestro “colocarnos en el hablar”, que es precisamente lo que nos acerca a la cuestión puesta en el título. Nosotros hablamos, y al hacerlo usamos un lenguaje que no hemos inventado, por lo menos no completamente. Puede acaecer que nos ocurra algún término nuevo y que este se difunda; sin embargo, el lenguaje que utilizamos no está generado todo por nosotros mismos. Finalmente llegamos al punto; nosotros nacemos dentro de un lenguaje, y nos criamos dentro de este lenguaje. No se trata de una condición de poco valor; al contrario, el hecho de nacer dentro de un contexto ya constituido lingüísticamente, hace que nuestra misma comunicación se vaya estructurando a partir de una base que ya encontramos al nacer y queda transmitida por todos los que nos introducen, y acompañan, en la dimensión de la comunicación articulada lingüísticamente.

Pero el lenguaje no se constituye nunca de forma neutral, tampoco al azar; cada sentido vehiculado mediante las que llamamos palabras, y según la construcción a través de la cual las ordenamos, refleja nuestra relación con el entorno, y también con la que llamamos “interioridad”. En fin, como enseña cualquier reflexión filosófica sobre el lenguaje (desde Platón hacia la actual filosofía del lenguaje, de corte continental o analítico), el habla, parece encarnar nuestra directa vinculación con el mundo (entendiendo con mundo el conjunto total de la existencia humana). También es cierto que hay algo que parece escaparse a la captura lingüística, al punto que en el mismo lenguaje han surgido usos que no son “literales” y que abren el camino a descripciones que más que describir perfectamente, tratan de sugerir, generar la idea, como el lenguaje metafórico y simbólico (del cual viven sobre todo la poesía y la mística, las cuales, como subraya Michel de Certeau, resultan vinculadas de manera indisoluble). El lenguaje que usamos, y mediante el cual hablamos, de alguna manera nos precede y condiciona nuestra expresión y cualquier modificación solo se puede dar a partir de la base en la cual quedamos colocados desde nuestro nacimiento.

A la luz de las anteriores reflexiones, podemos finalmente volver a la pregunta inicial para tratar de contestar de manera más precisa. ¿Quién habla? Sin duda, podemos confirmar que hablamos nosotros, los sujetos hablantes, pero no es suficiente. Cada vez que nos expresamos, que pronunciamos una oración, tratamos de comunicar sentidos que, por un lado, surgen de nuestra voluntad; por otro, ya están configurados por toda la historia cultural que nos precede y que configura el contexto a partir del cual nos expresamos. El lenguaje no es solo una herramienta, sino nuestro elemento de comprensión de la realidad, y esto queda demostrado completamente por la intraducibilidad directa de unos términos que condensan experiencias de profundas características. Probablemente, por esta razón Martin Heidegger llega a afirmar que no somos nosotros los que hablamos, sino que es el lenguaje el que nos habla, en el sentido de que nosotros mismos estamos constituídos por el lenguaje: ¿no necesitamos hablar para comprendernos a nosotros mismos? (como muestra cualquier tipo de terapia dedicada a la psique). Entonces, al final, parece que sí hablamos, pero porque ya alguien habla de nosotros. **UP**

